

"PIEDRAS BLANCAS"

Por Rudy Chaim.

No llevan ningún apuro, están de vacaciones y nada mejor que perderse por los montes sin necesidad de llegar. Solo existen la noche, la luna llena y ese viento caliente que viene de todos lados.

El camino corta recto por la sabana agobiada de inmensidad y a nadie le interesa ya si viene o va. Por el se fugaron los niguas, correteados por la "pacificación". Por ahí también partió la lluvia y se fue llevando a todo lo que crece, solo dejo a la tierra, a los ceibos y a los lagartos jíbaros aprendiendo como se hace para mutar de carroñero a canibal. Así con la sabana, no puede con la sedimentación.

Al caserío no lo ven llegar, aparece de pronto, esquivo y silencioso, camuflado por la polvareda. Un letrero en la entrada dice: "Bienvenidos a Piedras Blancas".

- Que raro no se ve ninguna-

- Así es- gesticulo Matilde sin hablar.

Dejan el coche junto al letrero y entran por la única calle que tiene el pueblo. El polvo fino que flota en el aire difumina los contornos y la fricción frena el impulso del tiempo. Aunque si se advierte que ningún edificio pasa de las dos plantas. Dejan la calle y siguen caminando bajo el portal.

En ese momento es cuando lo ve, en el preciso instante en que desaparece.

- ¡Que fue eso!

- ¿Que?

- No, nada, ya no importa.

La silueta de un rabo escamoso se pierde por debajo del entablado de la acera. El mira su reloj.

- ¿No crees que es muy temprano para que estén todas las luces de este caserío apagadas?

Ella limpia el polvo adherido al vidrio de una ventana, justo cuando el viento arremete con más fuerza, permitiéndole a la luna iluminar la escena. Adentro no hay nadie, solo una lagartija inmensa sentada en el sofá de una sala bien ordenada, que mueve la cabeza de un lado a otro como negando y advirtiéndole también, en seguida el polvo lo cubre todo otra vez.

La mayoría de los edificios son de tablas de guayacán, aunque todavía quedan algunas casas de caña partida, de las primeras que se construyeron en el pueblo, cuando todavía llovía y eran los venados los que se encargaban de cortar el césped de la plaza central en los solsticios de cada año.

Avanzan cubiertos por el portal, solo oyen son sus pasos sobre las tablas, y el zumbido del polvo a toda velocidad. El no va cómodo con esa desolación, no se la

puede creer. El ruido que de pronto viene de la acera de en frente le confirman su inquietud, por allá van cuatro patas más que caminan en la misma dirección.

Cuando llegan a la esquina los tumba la fetidez, es olor a mineral en descomposición, a lodo de manglar podrido, al tufo atrapado por siglos en la cíclica de la petrificación, desde que la tierra de por aquí dejó de rotar.

- ¡Que asco! ¿De donde vendrá ese olor? -Adrián carraspea y escupe con fuerza.
- Cierto, parece como si estuvieran cocinando mierda de pulpo en caldo de azufre. -Asiente Matilde y se masajea el cuello.

Frente a ellos esta la plaza y el lagarto que cruza desde la acera de en frente. Se miran y atraviesan la calle casi a la carrera, justo cuando el reptil se diluye por entre la polvareda. Lo siguen hasta que se junta con unos mil quinientos lagartos más que se atropellan y pisotean unos a otros en el afán de llegar primero a las piedras de unos muros viejos que afloran de la tierra en medio de la plaza.

- ¡Ahí están las piedras blancas! -Es lo único que dice Matilde, luego calla y no hablan más.

Esas son las piedras que quedan de un edificio muy antiguo, del tiempo en que aun no existía la gripe. De cuando los animales le enseñaron a la gente cual es el nombre de las estrellas. (Nota del autor).

En comunión devota los lagartos lamen con voracidad el material calcáreo, que se desprende de las piedras gracias al efecto disolvente de la saliva que generan sus glándulas. Una vez hartados se apartan unos cuantos metros, se agachan y estrepitosamente se ponen a evacuar toda la tectónica acumulada, con la consiguiente emanación de "podredumbre metálica". Defecan y se van. Se esfuman engullidos por el vaho y el polvo.

La impresión de haber presenciado algo tan grotesco y sublime, les contuvo las palabras en la mera intención. Descubren el verdadero significado de la adoración resignada. Se dan cuenta que la convicción va mas allá de la simple categoría humana. Sus sentidos siguen fijos en las piedras, ahora ya sin lagartos, la baba se chorrea despacio hasta filtrarse por las estrías de suelo.

El rumor viene camuflado con el sonido de las partículas de polvo al rozar entre sí, por eso ninguno de los dos lo percibe. Se acerca y crece con una misma cadencia bien marcada. Cuando lo oyen es ya un murmullo descifrable. Ambos quieren gritar pero solo consiguen susurrar al unísono: "¿son voces, verdad?". El tumulto aparece por el otro lado de la plaza y se riega por el terraplén todo cubierto con el estiércol de los lagartos. Son ocho mil manos que diligente y muy prolijamente recogen y llevan el excremento a una tinaja de obsidiana parecida a abrevadero de ganado, que los pioneros de la fundación tallaron para juntar el rocío y mezclarlo con jalea real, alimento que consumían los naturales hasta antes de que llegaran los piratas.

Matilde es la primera en salir del estupor, no pregunta nada. Como encantada se une al gentío y alcanza a juntar un último poco de excremento. Adrián sigue ensimismado. Se despabila al oír que su mujer lo llama desde la pileta. Camina lento por entre la gente. El polvo ya no se agita. En el aire queda flotando el clamor. Todo es recogimiento y consternación. Cumplieron con el mandato de permitirle al flujo de la vida continuar con su devenir. Bartolomé llega al borde de la tinaja.

-¡Es agua!

Pero la ultima gota que cae dentro es una lagrima que el no puede contener.

Siguiendo al sol, Matilde y Adrián se van. Tras ellos, el polvo no resiste más y cede bajo peso del rocío. Una ráfaga del viento aquel que llega del norte se lleva las casas de guayacán, el letrero y hasta el último vestigio de lo que alguna vez fue un pueblito tranquilo de cuatro mil mestizos descendientes de niguas y piratas, pero no pudo con las piedras que siempre seguirán ahí. Para socorrer al sediento y orientarle el rumbo a cualquier extraviado que se atreva por la sabana.